

CÉSAR VEGA HERRERA

LA NOCHE
QUEDÓ ATRÁS

La noche quedó atrás

César Vega Herrera

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorajolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17365-44-8

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2018 César Vega Herrera

© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTO	13
MALDITA PROFESIÓN LA DE DESATASCADOR.....	21
LLEGÓ EL VERANO	27
LA REALIDAD ANTE MIS OJOS	29
EL AMOR LLAMÓ A MI PUERTA.....	61
LAS CONSECUENCIAS DEL AMOR.....	79
LA BODA	91
UN MES DE VACACIONES EN HAWAI.....	103
LA HORA DE LA VERDAD.....	105
ESTALLÓ LA GUERRA	141
UNA AYUDA INESPERADA	151
LA SOCIEDAD ESTALLA POR LOS AIRES	219
NUNCA SE SABE LO QUE VA A SUCEDER	273
EL DERRUMBE DE LA SOCIEDAD E INCONVENIENTES PERSONALES.....	299
EUROPA, NUESTRA QUERIDA EUROPA.....	313
EPÍLOGO	323

LA NOCHE QUEDÓ ATRÁS

El mundo de muchos no es bueno
Aristóteles

*A Irene, Fernando, Sara, Eloy, Yago, Carmen y Cristina,
porque, al igual que para Jane, son el motor de nuestras vidas*

AGRADECIMIENTO

A las Historiadoras Susana Jurado Cerón y María Cristina Vega Holm por la extraordinaria colaboración en la corrección de la novela.

Quien lea el relato de mi vida, o más bien el de los primeros treinta y cinco años, ya que espero aún vivir muchos más, quizá no comprenda la posibilidad de que haya estado engañado tanto tiempo. Tal vez considere que soy un hombre de pocas luces. Sin embargo, después de que le cuente como sucedió todo, supongo que me entenderá, aunque pienso que mi padre fue más inteligente que yo, y que tuvo una habilidad enorme para que ese cristal tras el que yo veía la vida dejase solamente algún resquicio que me hiciese dudar de lo irreal del día a día.

Recuerdo que ya desde que tenía doce años le preguntaba a mi madre: pero, dime, ¿en qué trabaja papá?

Invariablemente obtuve la misma respuesta, o una contestación similar:

— John, hijo, ¿por qué esa inquietud? Tu padre es el hombre de confianza de gente adinerada, y les resuelve los problemas que les surgen en sus negocios.

— Pero si siempre me dijiste que papá apenas terminó el bachillerato, ¿cómo explicar que esté preparado para que esa gente, tan importante, lo considere el desatascador de los embrollos de sus negocios?

— Estás minusvalorando a tu padre. Es un hombre muy inteligente, y se ha convertido en alguien imprescindible para un grupo de personas, que confían plenamente en él.

— ¡Cómo deben de confiar! Le tienen que pagar mucho dinero, porque nosotros vivimos muy bien; vamos, mejor que la mayoría de mis compañeros, y amigos.

— Claro que tiene un magnífico salario, aparte de que cada cierto tiempo le dan gratificaciones, cuando termina de realizar un desatascado de esos que hablabas.

En resumen, que no me quedaba nada claro lo que mi madre me explicaba. Cuando algún compañero me preguntaba por el trabajo de mi padre, se me venía a la mente contestarle: “desatascador”; pero como

me resultaba fea la palabra, siempre le decía que era viajante, pero que no sabía exactamente qué era lo que vendía. No engañaba a nadie, ya que mi padre viajaba mucho, y tampoco yo sabía exactamente si vendía algo o no.

Sin embargo, todo resultaba muy raro en mi familia que la formábamos mis padres y yo. ¿Por qué si el trabajo mi padre lo realizaba en Chicago, nosotros teníamos la casa en Rockford, aproximadamente a 100 Km. de donde están las oficinas a donde él viajaba diariamente? ¿Por qué no comprar una casa en Chicago, cuando realmente yo suponía que teníamos poder económico para hacerlo? ¿Por qué en Rockford, mis padres se relacionaban tan poco, y todo eran pegas a la hora de que yo tuviese nuevos amigos? Todos estos interrogantes, los comprendí bastantes años más tarde.

Cuando viajábamos a Chicago, casi siempre en días festivos, allí sí que nos recibían en casas lujosas, donde nos alojábamos indistintamente, dependiendo de quien era el amigo que en aquella ocasión quería hablar con mi padre. ¿Eran las viviendas de los hombres con mucho dinero que, con una confianza ciega en él, le planteaban los problemas de sus negocios para que mi padre los desatascase? En aquellos años, en los que yo ni siquiera era un adolescente, nunca pensé mucho en ello, hasta más de unos lustros después. A veces nos alojábamos en casa de mi padrino, un Abogado muy famoso de la capital que me quería mucho, y me colmaba de regalos cada vez que nos veíamos. Nunca podré olvidar su hermosa mansión; no tenía hijos, pero su esposa parecía una mujer encantadora. Cuando iba a su casa, me llamaba la atención que después de comer llegaban unos cuantos matrimonios, y mientras las mujeres se quedaban en el salón charlando, o jugando a las cartas, bebiendo un café y algún licor, los hombres se reunían en una habitación aparte, donde pasaban muchas horas.

Tampoco comprendía yo, entonces, la causa por la que ni la familia de mi madre, sus padres y dos hermanos, ni la de mi padre con sus progenitores y tres hermanos, nunca nos visitasen. Ciertamente era que ambas familias vivían en Casper (Wyoming), prácticamente muy lejos dentro de la gran nación americana. Me imagino que cuando mis padres se casaron allí, todos ellos asistirían a la boda, pero resaltaba que, desde que me acuerdo, no tuviésemos ninguna visita de ellos. En casa no se hablaba prácticamente nada de su existencia. Ni siquiera recibíamos llamadas telefónicas.

Estudí la enseñanza primaria y el bachillerato en Rockford y, a pesar de que mis notas fueron excelentes, mi padre siempre se empeñaba

en que tuviese profesores particulares de apoyo, que yo creía no necesitar, pero cuando le insinuaba que era un gasto inútil, él me decía que su ilusión estribaba en que me graduase en la Universidad de Harvard. Aunque siempre me incliné a que mis estudios universitarios girasen en torno a alguna carrera de Ciencias, mi padre se empeñó en que estudiase Derecho. Las palabras de él, ante tal disyuntiva, siempre eran las mismas: ¿No te gustaría ser un Abogado tan famoso como tu padrino? Cuando te gradúes, él te ayudará a que alcances un afamado prestigio.

Recuerdo también que mi padre tenía pasión por las armas de fuego. Que si las escopetas y los rifles para cazar, que si las pistolas como posible defensa personal, o ante cualquier ataque que a mí me resultaba imaginario. Es más, en cuanto tuve diez años me comenzó a llevar a un club de tiro, en teoría como simple acompañante, pero que en realidad encerraba el propósito de que llegase a ser un experto en disparar todo tipo de armas. Si, a esto último, le unimos que, desde que apenas comencé a andar, me inscribió en una academia de judo, no es de extrañar que a los diecisiete años alcanzase el grado de cinturón negro. Por toda aquella preparación de defensa personal, pensaba yo: mi padre me prepara para una guerra, pero nunca le expresé esa apreciación.

El primer problema grave que viví sucedió un día de verano. Había terminado el curso de Derecho en Harvard, y hacía tres días que estaba en casa de vacaciones. Pensábamos salir dos días después los tres hacia Hawái, donde mis padres tenían una hermosa villa. Lo hacíamos todos los años, y arrastrábamos con nosotros a las dos muchachas de servicio que ayudaban a mi madre en Rockford. A eso de las tres de la tarde, cuando estábamos terminando de comer, desde un automóvil que pasó lentamente delante de nuestra villa, nos lanzaron varias ráfagas de ametralladora. Mi padre, que solía mirar mucho a través de la ventana, aunque no entendía yo la causa, nos hizo tumbarnos rápidamente en el suelo del comedor unos segundos antes de los disparos. Si no llega a ser por la previsión de mi padre, probablemente, hubiésemos muerto los tres acribillados a balazos, ya que, tras romper los cristales, más de veinte balas se incrustaron en la pared, aproximadamente a un metro de altura. Después de aquel suceso, pensé que mi padre llamaría inmediatamente a la policía, pero él se negó de forma tajante.

— Pero, papá, esto no puede quedar así. Hay que denunciarlo. ¿Quién puede querernos tan mal, como para desear nuestra muerte?

— John, a medida que te vayas haciendo mayor, irás comprendiendo hasta que límites puede alcanzar la maldad humana. Como mamá te habrá dicho, mi trabajo se ciñe a solucionar los problemas que tiene

gente de negocios. Como comprenderás, cuando resuelves los problemas de unos, ineludiblemente perjudicas a otros, y ya ves la reacción de estos últimos.

— Bueno, pues para eso está la policía. Ellos averiguarán quién trató de cometer tan brutal atropello.

— No, John, la policía comienza siempre por molestar al perjudicado. La primera frase, que se les ocurre a esos uniformados, es: “cuando les atacan así, es que algo malo habrán hecho”. En resumen, interrogatorios, molestias y citaciones, ¿y a quién? Pues a nosotros que son los que tienen a mano. Al final, nunca van a encontrar a los que dispararon, y nosotros quedamos en entredicho. Lo que debemos hacer es que con tu madre y las muchachas viajéis a Hawai el día que estaba previsto, y yo me quedaré unos días más aquí, para ver si averiguo quien es el responsable de este ataque. Lo resuelvo, y en unos días me uniré a vosotros.

— Creo, papá, que te equivocas con esa actitud, pero como digas.

Un día después, oí que mis padres estaban hablando del ataque y, al darme cuenta de que no vieron que me acercaba al salón, me quedé inmóvil escuchando.

— Patrick, lo que sucedió es muy grave. ¿Qué piensas hacer?

— Sabes que esto son gajes del oficio. De momento, antes de reunirme con vosotros, voy a viajar a Chicago, y hablar con los miembros de La Sociedad para saber si se imaginan de quién pudo partir la idea de terminar con nuestras vidas. Luego volveré aquí, y contrataré a gente para que nos levanten los muros de la villa mientras estamos de vacaciones; con esos arreglos nadie tendrá la posibilidad de volver a intentar algo como lo que sucedió. Por si fuese poco, esto ocurre cuando John está con nosotros.

— No vayas a caer en la trampa de tratar de buscar venganza. Lo importante es estar seguros de que la orden no partió de La Sociedad. De sobra sabes que, cuando creen que a uno ya lo han exprimido, y lo declaran inservible, lo eliminan, y punto.

— Pero, Margaret, tengo pendiente más de tres encargos, y dos de ellos a realizar en el extranjero. Además, ¿cuándo les he fallado? Si fuese como dices, Russell nos habría avisado. Sabes de sobra lo que quiere a John.

— Es cierto que de conocerlo Russell ni siquiera habría sucedido, pero, ¿y si lo hicieron sin que él lo supiera?

— Que te digo que están muy contentos conmigo en La Sociedad. Por ahí no van los tiros. En fin, dejemos el asunto, que John está al llegar.

— De acuerdo Patrick, pero hazme el favor de tener cuidado cuando nos marchemos.

Entré en el salón, y de inmediato el matrimonio se puso a hablar de otros temas; sin embargo, aquel día se me encendió una bombilla en el cerebro de muchacho. ¿A qué se referían mis padres cuando hablaban de La Sociedad? ¿Era acaso una Sociedad secreta? Aquello, que había escuchado, sonaba muy feo. Cuando a cualquiera, en cuestiones de trabajo, desean no contar con sus servicios lo cesan, lo despiden, ¿pero eliminarlo? Solamente cuando se habla de gente mafiosa asociada se refiere uno en esos términos. Aquel día decidí indagar respecto al trabajo de mi padre, el desatascador. Pensé: en cuanto tenga la ocasión de estar a solas con mi padrino, Russell, le preguntaré sin ambages lo que quiero saber. Como además ya me había dicho mi padre que, en cuanto terminase el penúltimo curso de carrera, en el verano pasaría un par de meses haciendo prácticas con Russell, sino lo lograba antes, entonces me enteraría de todo. Recordé que mi padrino, cada vez que hablábamos de mis estudios, siempre me decía que debía de inclinarlos hacia el Derecho Penal. Como decía él, ser un experto en esa rama equivalía a tener un futuro muy prometedor, durante el ejercicio de la carrera.

MALDITA PROFESIÓN LA DE DESATASCADOR

Durante mis estudios de Derecho en la Universidad de Harvard recibí una visita de mi madre, que solía ir a verme cada vez que mi padre viajaba al extranjero. Nunca había puesto reparos en decirme cuál era el sitio donde viajaba mi progenitor, y aquella vez no fue diferente. Por ella me enteré de que el viaje duraría más de lo normal, ya que mi padre debía visitar Marsella, Nápoles y después una ciudad de Canadá, cuyo nombre ella no recordaba.

— Pero antes papá solía ir a un sitio solamente. ¿Por qué ahora viaja de continuo a tantos sitios, sin volver por casa? Podría haberte llevado con él. Así, mientras resolvía los problemas, buceando entre los papeles, harías un poco de turismo. Me han dicho que toda Europa es fascinante. Además podíais por la noche divertirlos.

— No, John. Ya sabes cómo es tu padre con las cuestiones de trabajo. No le agrada estar fuera de casa, y no piensa más que en resolver cuanto antes el problema y regresar. Me telefona casi todos los días, y se le nota un halo de tristeza cuando está fuera, que se acentúa si es en el extranjero. Sin contar con que se estresa mucho cada vez que comienza un trabajo. Si le acompañase, no haría más que molestarle

— Está bien mamá, nos vemos a la hora de comer.

— De acuerdo, y no le des tantas vueltas al trabajo de papá. A los dos nos gustaría que, como sucede con otros padres, trabajase en el mismo lugar donde tenemos la residencia, y que todos los días lo viésemos a la hora de comer, aunque tú, con los estudios, ya has volado del nido.

Cuando se marchó mi madre, comencé de nuevo a pensar en el mismo tema. No me agradaba en absoluto, lo de la profesión de desatas-

cador. ¿Cómo era posible que en muchas ocasiones, cuando viajaba por nuestro país, en un día desatascase un problema de negocios que los demás no sabían resolver? En aquellos días leí con avidez los periódicos, especialmente en lo que se refería a las crónicas de sucesos. The New York Times, al día siguiente, dedicaba bastante espacio a un suceso ocurrido en Marsella. Podía leerse que habían asesinado en su casa a un ricachón, ligado a los bajos fondos, y que tenía negocios en Norteamérica. La policía francesa buscaba afanosamente a un sicario, ya que se suponía que aquel crimen tenía relación con un ajuste de cuentas. Lo que resultaba más extraño era, según relataban en la noticia, que el sicario hubiese podido burlar la enorme vigilancia instalada alrededor de la vivienda y en el interior, para poder asesinar a aquel hombre. La policía aseguraba tener pistas que le pudiesen conducir a atrapar al asesino. Me puse muy nervioso.

Mi madre, que me seguía todavía acompañando en la ciudad, aunque ella pernoctaba en un hotel, y yo en la Residencia de Estudiantes, se presentó a buscarme para ir a comer. La noté extremadamente nerviosa, aunque trataba de disimularlo, pero yo estaba decidido aquel día a abordar el tema con la esperanza de que ella, en un momento de debilidad, me hablase claro respecto a la profesión de mi padre.

— Te veo nerviosa mamá, y no me lo niegues porque te conozco muy bien.

— ¿Por qué dices eso? Estás fabulando. Lo que sucede es que, cada vez que viaja tu padre, me siento muy sola.

— Otras veces has venido a verme cuando papá estaba de viaje en el extranjero, y se te veía relajada. ¿Te ha telefoneado papá?

— No, no me ha llamado. Quizá sea eso lo que tú has podido apreciar como extraño, respecto a otras ocasiones.

— ¿Has leído hoy los periódicos mamá?

— Pero si sabes que no los suelo leer casi nunca. Bueno, cuando los compra tu padre, a lo mejor les doy algún vistazo.

Le puse el periódico sobre la mesa marcando en un recuadro lo referente al asesinato cometido en Marsella. Me di inmediatamente cuenta de que ya lo había leído. No soportó la presión, y se puso a llorar. En aquel preciso momento sonó su móvil. Era mi padre, que la llamaba desde Nápoles. Me mantuve en silencio. Al principio todo lo que contestaba se ceñía a monosílabos, hasta que contó que estaba desayunando conmigo. Entonces la conversación telefónica comenzó a ser fluida, porque ella se li-

mitó a hablar de mí sin hacer ni una sola pregunta; le contó lo bien que me encontraba, y sobre todo lo referente a los estudios. Me dio la sensación, cuando terminaron, que aplazaban referirse a los pormenores del viaje en otra llamada, cuando yo no estuviese. Ni siquiera mi padre le pidió que me pasase el teléfono para saludarme, como hacía en otras ocasiones.

— ¿Todo bien mamá? ¿Ya no lloras? ¿Me quieres contar algo que no sé, pero que hace ya mucho tiempo que me imagino?

— No sé a qué te refieres.

— ¡Por Dios, mamá, que ya tengo más de veinte años! Me tenéis estudiando en la mejor Universidad del país, y quieres que piense como un bebé. ¿Tú realmente crees que soy tan tonto para creer que existe alguien, al que envían a desentrañar un problema económico, que ningún experto lo puede resolver, y que él le da el carpetazo o lo desatascas, en un día o, a veces, en horas? No nos vamos a levantar de la mesa de esta cafetería sin que me hables claramente de la profesión de papá, aunque no hay que ser un adivino para suponerla.

— Bueno, ya que dices que quieres que te hable de la profesión de tu padre, ¿qué crees que hace?

— Me resulta muy duro decir lo que pienso, pero voy a ser sincero. Creo que papá desatascas matando personas, y que esos hombres tan importantes, de los que siempre me has hablado, no son más que presuntos mafiosos o, en el mejor de los casos, gente con negocios extremadamente turbios. Ahora entiendo la afición de papá por entrenarse con todo tipo de armas, y sobre todo de su excelente puntería, como he podido apreciar cuando le he acompañado al club de tiro. Tampoco me extraña que haga esos esfuerzos por mantenerse en una extraordinaria forma física

— ¡Estás loco! Cómo se te ocurre decir tal barbaridad. Tu padre es un hombre maravilloso, que nos quiere mucho.

— Yo no soy quien para juzgarlo, pero te aseguro que el sicario del que hablaban en el periódico era él. Por eso estabas tan nerviosa, hasta que te llamó desde Nápoles.

— Mira John, y con esto vamos a cerrar el tema, cuando vuelvas a ver a papá le haces, cara a cara, la pregunta que me has hecho a mí.

— No te preocupes, no te voy a insistir. Se la haré a él, pero temo que, ese día, se abrirá una brecha insalvable entre nosotros. En cambio, si tú te hubieses sincerado, quizá yo habría pensado con tranquilidad, y aceptado la situación.

— Está bien, hijo, tienes razón, esa es la profesión de tu padre; la que has supuesto. Sin embargo, te voy a decir algo que te va extrañar; su bondad, su cariño hacia mí, y el hecho de que nunca haya pensado en otra mujer que no sea yo, me han hecho olvidar ese asunto. Ahora quiero aclararte una cosa: jamás ha asesinado a un niño, una mujer, o algún familiar de la víctima.

— No creas que me has sorprendido, pero quiero hacerte otra pregunta. ¿Mi padrino, Russell, un Abogado con tanta fama, también trabaja solamente para esa asociación de gente tan turbia?

— No exactamente, pero sí es verdad que la mayor parte del tiempo se lo dedica a los problemas de ese grupo.

— Lo suponía. Por eso la insistencia en decirme que debo orientar mis estudios a resolver asuntos de gente con graves problemas criminales. Como dice Russel, lo importante es el Derecho Penal.

— Lo único que te voy a pedir es que no hables de ese asunto con tu padre y, sobre todo, que no te alejes de él, porque te adora.

— No, mamá, ahora que has puesto las cartas sobre la mesa, no voy a destrozlar la familia con pataletas y, menos aún, con reproches.

Unos días más tarde, cuando se marchó mi madre, me quedé sumido en el más profundo desconcierto. El insomnio se apoderó de mí, y las noches las pasaba sin apenas dormir. Lo malo no era que no durmiese, sino que no hacía más que pensar en lo que hablé con ella, y no veía la forma de seguir viviendo con aquel escalofriante comezón interno. Barajé muchas posibilidades, para solucionar mi problema. Una de ellas, quizá la más descabellada, fue el abandonar los estudios y, sin decir nada a mis padres, salir rumbo a Australia con el poco dinero que disponía en la cuenta, que me abrió mi padre cuando comencé los estudios en Harvard. Primeramente viajaría a Argentina y, desde allí, en autobús llegaría a Brasil, para al final dirigirme a Australia. Hacerlo directamente facilitaría la búsqueda que emprendería mi padre, que dada su profesión no pasarían ni quince días antes de saber dónde me encontraba, una vez que se enterase de la espantada. Otras noches, en mi mente surgía un rasgo de avilantez, y me veía diciéndole a mi progenitor que, sin reprocharle nada, no deseaba seguir viviendo bajo su mismo techo, ni quería continuar los estudios que él pagaba. Cuando ya de madrugada, notaba que el cansancio me dominaba, para al menos dormir un par de horas, me rendía a la evidencia, y llegaba a la conclusión de que lo mejor era seguir como hasta entonces, haciéndome el tonto, y sin comentar con ninguno de mis padres nada al respecto. Cuando llegaba a este punto, siempre me quedaba dormido.

Por los periódicos que a partir de aquellos días compraba diariamente, pude enterarme de que mi padre asesinó a otro hombre de negocios turbios, por no decir mafiosos, en Nápoles y, días más tarde, a otro similar en Montreal. Ambos tenían negocios en Estados Unidos. Los dos fueron tiroteados, uno en los servicios de un restaurante, y el otro a la salida de un partido de fútbol. Los asesinos, según decían los periódicos, debían de portar pistolas con silenciador, ya que en los dos casos nadie oyó algún ruido. Al de Nápoles lo encontró caído en el piso uno de sus guardaespaldas al tardar en regresar a la mesa, y el otro rodó por el suelo en medio de la multitud que salía del estadio; todos creyeron que había sido alcanzado por un infarto, hasta que la sangre se hizo visible en el pavimento. Por lo que comentaban, quienes escribieron las noticias, la policía no tenía ninguna pista, ni en Nápoles, ni en Montreal. Mentiría si no dijese que sentí un alivio inmenso al saber que mi padre había salido indemne al efectuar las dos ejecuciones, pues al igual que mi madre, yo le quería mucho, aun después de haberme enterado en qué consistía la profesión de desatascador. No entendía, y hoy sigo sin entenderlo, cómo un hombre cuya misión era asesinar, podía ser tan cariñoso y sensible en casa.

LLEGÓ EL VERANO

El curso lo terminé, como el anterior, con unas notas excelentes, aunque en este caso el esfuerzo que tuve que hacer fue muy superior, ya que al confirmarme mi madre las sospechas que hacía tiempo yo albergaba, muchos días, atormentado por lo que significaba el oficio de desatascador, me resultaba imposible concentrarme ante los libros. Corría el verano durante el cual cumpliría los veintitrés años.

De acuerdo con lo que anteriormente había pactado con mis padres, después de pasar ocho días en Rockford, durante los cuales solo tuve la compañía de mi madre, ya que el jefe de familia había partido rumbo al otro extremo del país con el fin de desatascar otro problema, (vamos, donde tendría que efectuar otra ejecución), me marché a Chicago a casa de mi padrino, para comenzar las prácticas. Excuso decir que fui recibido con todos los honores. Russell vivía en una villa inmensa, a pesar de que no tenía hijos. La esposa de mi padrino, Ingrid, al menos diez años menor que él, era una persona encantadora, y me recibió como si de un hijo se tratase. Los primeros días la acompañaba siempre en la enorme piscina que tenían en la villa, y me llamaba la atención lo extraordinariamente bien que nadaba. Russell, que me dejó una semana de asueto, previa a comenzar las prácticas, solía llegar a las dos a comer, y antes de sentarse en la mesa se daba un chapuzón, que no duraba más de un cuarto de hora. Ingrid también procuró invitar a muchachos, de ambos sexos, ciertos días a casa, para proporcionarme amigos, con los que los días festivos saliese a alguna parte a divertirme.

Como el tiempo transcurre tan rápido, los ocho días de vacaciones se pasaron sin apenas darme cuenta. Al séptimo día, mi padrino después de cenar me habló muy claro, y casi dándome órdenes, que me sorprendieron.

— John, mañana a las ocho nos encontramos en el salón a la hora de desayunar, porque después salimos hacia mi despacho. Querido muchacho, comienzan tus prácticas. ¡Ah!, me olvidaba decirte que debes ir trajeado y con corbata. El aspecto es muy importante, dada la gente que deseo presentarte. Nada de libros, allí te daré bloc y bolígrafos, para que anotes lo que creas interesante.

— Como digas, Russell. Buenas noches. Buenas noches, Ingrid, y gracias por las atenciones de todos estos días.

— No digas bobadas, John. Tú eres de la familia. Extrañaré no verte en la piscina.

LA REALIDAD ANTE MIS OJOS

A las nueve de la mañana, en el Jaguar de Russell, llegamos al aparcamiento de un edificio de once plantas situado en el centro de Chicago, concretamente en el número 14 de S. Archer ave. Subimos hasta el sexto piso en un ascensor con velocidad de vértigo para, acto seguido, entrar en una oficina de más de doscientos metros cuadrados, en uno de cuyos extremos estaba situado el despacho de mi padrino. Russell, después de dejar la voluminosa cartera en su oficina, me fue presentando a todo el personal, más o menos unas quince personas, entre Abogados de ambos sexos, ayudantes y secretarias, que me saludaron muy respetuosamente, sobre todo, después de escuchar las palabras que Russell repetía en cada presentación:

— Te presento a John Macaly, mi ahijado, que muy pronto estará con nosotros con el título de Abogado de Harvard, y que pienso que con los años será mi sustituto en estas oficinas. Es hijo de Patrick Macaly, al que conoces de sobra.

El aludido me miraba con atención, y pensé que solamente alguno de los Abogados conocía la profesión de mi padre. En esos casos, creo que fueron dos, los gestos de los señalados ya no fueron tan agradables. Era como si estuviesen pensando: el hijo del asesino. Naturalmente que, aun en estos últimos, sus palabras fueron tan amables como las de los anteriores, y me extendieron la mano aparentando un afecto que, por ser yo hijo de quien era, estaban lejos de sentir.

Russell, debió de haber dado la orden en días anteriores de que me hiciesen un reducido despacho, donde colocaron un pequeño escritorio, y él me dijo que ese sería el lugar donde yo trabajaría. Pronto una secretaria colocó sobre aquella pequeña mesa unas cuantas carpetas. Mi padrino se dirigió a mí.

— John, ahí tienes los expedientes de unos cuantos casos que estamos tratando de resolver. De todas formas, hoy me acompañarás a un

juicio, y te vas a sentar muy cerca de mí, como segundo ayudante. Luego, por la tarde, tengo que ir a la cárcel, y también deseo que vengas conmigo. De esa forma te irás curtiendo rápidamente. La vida que nos ha tocado vivir es muy compleja, y cuanto antes la veas como es, más pronto aprenderás a afrontar los problemas.

— ¿Pero no te parece Russell, que estás apostando demasiado fuerte por mí? Soy un simple estudiante, que de la vida no conoce más que lo bueno, aunque haya estudiado que el delito está a la vuelta de la esquina.

— Tú lo has dicho, el delito es el pan de cada día y, por suerte o por desgracia, nosotros a quienes defendemos es a los que han delinquido. Solamente te falta un curso para que seamos colegas, así que el tiempo apremia. El día que te incorpores a estas oficinas, tendrás, en muchos casos, que valerte por ti solo, aunque siempre contarás con el consejo mío y el de los colaboradores que trabajan aquí.

— De acuerdo Russell, lo que digas me parece bien.

— Pues vámonos al juicio.

Nunca me había impresionado tanto algún aspecto de la vida como cuando me senté al lado de Russel cerca de aquella mesa, en medio de una enorme sala abarrotada de gente. El jurado, compuesto por hombres y mujeres de distintas profesiones y edades, parecía un tanto alejado de nosotros; en cambio, la mesa del Fiscal estaba demasiado cercana. De repente se oyó una voz que dijo: todos en pie, preside el honorable Juez Remington. El Juez hizo su aparición, y no nos sentamos hasta que él lo hizo, para de inmediato hablar con voz enérgica, con un timbre especial. Era un hombre ya en la sesena, fornido, con gruesos lentes y mucho pelo, aunque totalmente blanco.

— Los Estados Unidos contra Sebastian Grety. Se abre la sesión. Señor Fiscal tiene la palabra.

El Fiscal, que aparentaba una enorme seguridad, puesto en pie, comenzó la acusación.

— Nos encontramos aquí para juzgar a Sebastian Grety por el asesinato de Garen Schwarz. Esta fiscalía demostrará que el señor Grety, conocido en los bajos fondos como “gatillo fácil”, asesinó el día 23 de julio de 2010 al señor Schwarz, mientras este último nadaba en su piscina.

Primera intervención de mi padrino.

— Señoría, me parece una impertinencia que el señor Fiscal use apodos contra mi defendido que solamente existen en su imaginación, consideran-

do que nunca, el señor Grety, ha sido condenado por cometer algún crimen.

El juez reprendió al Fiscal.

— Le ruego señor Fiscal, que se limite usted a hablar del caso que nos ocupa, y no vuelva a decir algo peyorativo contra el acusado.

— Sí, Señoría, retiro lo que dije respecto al apodo.

— Pues prosiga.

Yo veía a mi padrino excesivamente tranquilo, a la vez que, con voz imperceptible al oído mío, habló a Grety. Luego se dirigió a mí y textualmente me dijo: tengo un as en la manga, y te aseguro que este juicio no durará ni media hora. Me quedé perplejo.

El Fiscal siguió su alocución cargando sobre Grety el asesinato de forma convincente, pero me resultaba curioso, que al oír las pruebas contra nuestro defendido, no oía más que una inmensa laguna de vaguedades, a excepción de lo referente a la pistola usada para perpetrar el crimen. Que si una de las sirvientas de la casa de los Schwarz vio el asesinato, pero desde una distancia de más de cincuenta metros, con el inconveniente de que la señora tenía más de sesenta años, y llevaba lentes. Que si, como se demostrará en el juicio, el crimen se cometió con la pistola de Grety, que se consiguió en un registro en su vivienda. Que si un tal Blom, un hombre cuya reputación dejaba mucho que desear, decía que el propio Grety le había contado cómo cometió el crimen. El fiscal seguía hablando de sus pruebas antes de que, después de que hablase Russel, comenzase la ronda de testigos.

El Juez cedió la palabra al Abogado defensor y mi padrino afrontó el asunto con su as, que como él me dijo llevaba bajo la manga. Vale la pena leer íntegramente las palabras de Russel.

— Me resulta triste que estemos aquí juzgando a un hombre que no ha cometido ni un solo delito, mientras la justicia tiene tantos casos pendientes, para juzgar a verdaderos delincuentes. Al señor Fiscal no le hemos oído más que vaguedades, y la única prueba cierta que dice tener, ha sido conseguida ilegalmente, y para colmo no es lo que parece.

El Juez le interrumpió.

— Dígame, señor letrado, ¿de qué ilegalidad habla usted?

— Pregúntele, su Señoría, al Fiscal respecto a cómo fue allanada la vivienda de mi defendido, sin ninguna orden judicial.

El Juez volvió a interrumpirle.

— Quiero de inmediato a los dos en mi mesa.

Después de hablar en voz baja con ellos, los tres se trasladaron al despacho del Juez.

De lo que se habló en ese despacho, solamente sé lo que posteriormente me contó Russell. Lo único que puedo decir, es que cuando Juez, Abogado y Fiscal regresaron a la sala, podía verse la cara de satisfacción de mi padrino, y el disgusto que reflejaba el rostro del Fiscal.

El Juez se dirigió a la concurrencia.

— Ante la evidencia de los hechos, que ha reconocido el señor Fiscal, y considerando que a nadie se le puede juzgar basándose en pruebas obtenidas de forma ilegal, no me queda más remedio que desestimar la acusación contra el señor Greta, y dejarlo en libertad sin cargos. Continuar el juicio no tendría sentido. Se levanta la sesión.

Greta se abrazó con mi padrino, y quizá por contagio, ya que era la primera vez que me veía, posteriormente me dio un abrazo a mí.

Escuché las palabras de Russell a Greta, mientras bajábamos las escaleras del enorme edificio de los tribunales de Chicago.

— Sebastian, súbete de inmediato a un taxi, y dirígete a casa. No hables ni una palabra con la prensa. Te llamaremos para darte instrucciones.

Russell toreó con mucho arte a la prensa, a la que a la hora de la verdad no aclaró nada. Sus últimas palabras me sonaron a las de un perro viejo en esas lides: “a través de la justicia siempre alcanzamos la verdad y, en el caso que nos concierne, se estaba tratando de acusar a un inocente, nada menos que de un asesinato”. Mientras escuchaba aquellas últimas palabras pensé: ¿será culpable Greta del asesinato? La conclusión a la que llegué fue muy clara: lo más probable era que el asesino había quedado en libertad. De todas formas esperaba con impaciencia escuchar lo que me diría Russell, en cuanto nos quedásemos solos.

Ya en su automóvil, me hizo la pregunta más normal.

— ¿Qué te pareció el juicio, John?

— Aparte de la consideración lógica de que, como se dice vulgarmente, te las sabes todas, me gustaría hacerte una pregunta, ¿era Greta culpable?

— ¡Y eso qué importa! Nuestra obligación, como Abogados defensores, es sacar del atolladero a quien ha pedido que lo defendamos.

— Russell, no me has contestado a la pregunta. No hace falta que me digas cual es nuestro deber, aunque a veces sean sucios nuestros propósitos.